

ARTE DE PERORAR CON ÉXITO SIN SER ORADOR

ESBOZO DE UN LIBRO INÉDITO

PRÓLOGO

Introducción

Homenaje á los príncipes de la Oratoria, como hombres que han recibido de Dios, por gracia ingénita, el don de la elocuencia.—Necesidad de que al contemplar tan privilegiados seres no caigamos ni en envidia, ni en desaliento, ni tampoco en desairado remedo, que sólo de sus defectos es dable.—Beneficios de recurrir á una emulación exenta de temeridad y sólo regida por una modesta confianza en los beneficios inmediatos de la emulación misma.—Valor del *Arte* como industria trascendente aplicada al fomento de nuestras propias facultades mentales y expresivas.—Inmenso número de personas cultas á quienes sin asistir el don de la elocuencia, es necesario, como elemento importante y aun decisivo de porvenir, el dominio de la palabra, el prestigio oratorio.—Carencia absoluta de verdaderos y útiles textos de Arte oratoria.—Inutilidad y hasta perniciosidad de los libros retóricos, en tanto que auxiliares de la Naturaleza para formar un buen orador, con personalidad propia y sin más pretensiones que las proporcionadas á su intrínseco valer estimado á conciencia.—Motivos morales que inducen al Autor á ofrecer en el presente libro un esbozo del verdadero *Arte de perorar con éxito sin ser orador*. 1.º Carencia de todas cuantas dotes naturales revelan genio oratorio.—2.º Cuarenta años de resultados plausibles de este su Arte en diversos géneros de peroración, sin un solo éxito dudoso, ni menos aun adverso.—Objeto final del presente libro: acrecentar por la influencia del Arte aplicado á todas las energías que concurren al éxito de un discurso, las facultades naturales de todos cuantos deseen ó necesiten elevarse á la máxima altura oratoria que cada cual, dentro de sus nativas dotes, pueda por la voluntad alcanzar.

Consideraciones generales acerca del genio oratorio nacional.—Defectos característicos de nuestras medianías.—Falta de orientación que rectifique su rumbo.—En este libro se ofrecen brújula y

timón y se proponen reglas para la utilización de ambos á dos artificios.—Actual decadencia así de los hábitos de expresión oral como de los éxitos de ésta.—Causas de este decaimiento: 1.^a Descuido de la educación intelectual superior; 2.^a, amaneramiento consiguiente á la falta de personalidad oratoria; 3.^a, carestía y molestia inherentes á la adopción de servicio taquigráfico; y 4.^a, la preferencia de la lectura á la improvisación, sobre todo en asuntos literarios, artísticos, científicos, históricos ó filosóficos, para los efectos de la más pronta y expedita publicación del texto.—Solución al problema de conciliar el interés palpitante de la improvisación, con la prontitud y economía de edición de un discurso.

Capítulo general

Orator ¿quid?—Jerarquías y variedades de oradores.—Fines del humano discurso.—El *Logos* común y el *Logos* oratorio; su fundamental identidad.—Orígenes del Orador y del Poeta.—«*Poeta nascitur; Orator fit*».—Juicio del valor de esta sentencia de Cicerón.—Ambos nacen, y, según nacen, se hacen.—Paralelo entre las facultades nativas, ó genio oratorio, del varón y de la mujer.—Elocuencia infantil.—Paralelo entre la elocuencia vulgar y la culta, en sus diversos elementos *lógico* (ilativo), *metafísico* (trascendente) y *afectivo* (retórico).—Presencia y actividad nativas de toda facultad en toda mente sana ó íntegra.—Diferencias en grado.—Susceptibilidad limitada, pero positiva, para su desarrollo por adecuado cultivo.—Consiguiente posibilidad de un aumento proporcional general del nivel oratorio y positiva utilidad del mayor aprovechamiento de la palabra viva en la esfera de la Economía nacional.

Sección primera

DEL AUDITORIO

Como medio ambiente y campo de acción del orador

CAPÍTULO I.—Papel del auditorio como coeficiente del discurso y como excitante natural del orador.—Un orador es un alma temporalmente incorporada á un auditorio.—Por este concepto, la armonía entre cuerpo y alma es el único vínculo de la temporal relación y la única garantía del doble éxito, á saber: honra del orador y provecho del público.—Forma de esta armonía: la atención perfecta, completa y persistente del auditorio, manteniéndose éste absorto,

cautivo y olvidado de sí mismo.—Expresión de este estado moral de los oyentes.—Absoluto silencio, contrastando con la viva atención en los semblantes.—Máximo grado: la imposición de silencio, salvo muy excepcional caso, á la menor muestra de aprobación ó de aplauso, sólo porque interrumpe y distrae.—Comparación del éxtasis de un auditorio ante el interés de la oración, con el que se apodera de los órganos de nuestro cuerpo ante un vivo interés de nuestro espíritu. Este apoderamiento del público, expresado por el máximo de silencio y atención, es para el orador lo que viento y brújula para el navegante: la guía de su timón, porque en ello está la muestra fehaciente de que aquella determinada oración marcha en perfecta armonía con las necesidades espirituales de aquel determinado público. Esta armonía es lo que llamaremos en adelante *acomodación oratoria*; y pues de ésta emanan las señales de la tal *acomodación*, y se trata de señales no nada obligadas, sino perfectamente espontáneas del público, y á su vez directrices del ánimo del orador, diremos que el auditorio es, no sólo el medio ambiente en que el discurso se produce, sino además el coeficiente, el colaborador del sujeto perorante.—Sin la dicha armonía hasta la perfecta *acomodación oratoria*, público y orador forman *dos*; con ella, y sólo por ella, constituyen la *substancial unidad* de un cuerpo animado.

CAPÍTULO II.—Exquisita susceptibilidad de todo auditorio en su lucha por el predominio.—Ningún público, ni aun el de los fieles en el templo, bajo el influjo de la mayor religiosidad, presta su interés *gratis*, ni tampoco por *obligación*, bajo escritura ante notario.—Toda muchedumbre tiene algo de femenino: es todo espontaneidad, certera de instante y perenne protesta contra cualquier injusto cautiverio.—Condicionalidad de su esclavitud.—Lucha por el predominio.—Dificultad oratoria de alcanzarlo.—Facilidad de perderlo.—No hay tercer término.—Es cuestión de tensión diferencial entre dos miradas.—Un instante de mirar el orador *para sus adentros*, y cae cautivo del público.—Desde la simple tos de uno ó la salida de otro, se viene, según el caso, á todo lo presumible.—Cuál sea de ello la más frecuente y segura ocasión.—El mirar *para adentro* el orador al cuidado de un texto que trae mal prendido en la memoria.—Larga experiencia en cabeza ajena.—Sólo algún ser privilegiado, rey absoluto de sus facultades, puede afrontar tal riesgo.—Aun así, no puede tener éxito, si no es contando con público seguro en número y calidad, según luego veremos.—Por ahora sólo diré que un mismo príncipe de la oratoria *cautiva más*, entiéndase bien, no digo *agrada*, *admira*, *arranca aplausos*, sino *cautiva más* en sus réplicas, por ser éstas de

improvisada forma, que en sus propios discursos.—De donde que en los oradores, la improvisación de la forma, la espontaneidad de la dicción, sea en igualdad de fondo y método el mayor medio de lograr la cautividad del público por la *acomodación oratoria*, y conste este primer argumento en pro de la espontaneidad de la forma para el éxito de la oración.

CAPÍTULO III.—Del número y calidad de los oyentes.—Importancia respectiva de lo uno para los efectos de la *acomodación oratoria*.—Acerca de esto los Principes del Arte tienen fundamento de previsión basada en la experiencia de su general prestigio: empero lo contingente, nacido de inclemencias del tiempo, simultaneidad de solemnidades, motivos inesperados de duelo público, etc., etc., etc., iguala á todos los oradores en lo de no tener fundada certidumbre de cuántos y cuáles oyentes acudirán al lugar de la peroración.—Por sola esta inseguridad, como si no mediaran otras muchas potísimas razones, debe proibirse del arte de perorar la encomienda á la memoria de un texto escrito y aprendido en casa.—Orador antípoda fondista. Aquél ignora número y calidad comensales.—En oratoria no vale el «comeremos más y comeremos menos»; por solo el número cambia la labor en cuanto á la altura de estilo, lenguaje y tono.—Ridiculez de toda *desacomodación oratoria* en el particular.—Igual fondo exige diversa forma, según atienden 500 ó 50 ó 5 oyentes.—Para un público de 500 grandilocuencia.—Para uno de 5 no hay discurso posible.—En privado, ha lugar al *éxito real* hasta para un solo oyente.—Razón patética de esta paradoja.—Cuanto á calidad de los oyentes, ella sola sugiere la forma dentro de un mediano y hasta escaso concurso.—Públicos mixtos.—Solución á la dificultad que ofrece (sabios é ignorantes) (varones y mujeres).—Consecuencia.—Perorar siempre á forma libre, dejando que el auditorio la inspire, y obtener de esta suerte la indispensable acomodación, y conste este segundo argumento en favor de la improvisación de la forma.

CAPÍTULO IV.—Estado moral del auditorio.—No se reduce á favorable ó adverso.—Expedita solución al segundo caso.—De los demás estados que por causa fortuita alteran la serenidad atenta del público, sólo la experiencia puede dar idea; tan numerosas, diversas, perturbatrices y graves pueden darse al ir á empezar ó durante una pública oración. (Meteoros, orden público, vehementes distracciones surgidas en lo exterior, accidentes personales graves é imprevistos en alguno de los presentes, y hasta en el cuerpo ó en el ánimo del mismo perorante, etc., etc.)—Un poco de casuística de propia experiencia.—Recurso fundamental: Voluntad buena, fría y

férrea, y conste este tercer argumento en favor de la improvisación.

CAPÍTULO V.—No es el aplauso la más fiel medida del mérito intrínseco de un discurso.—El aplauso lo mismo puede responder á una sublimidad del más genial orador, que á una vaciedad rimbombante del más sandio energúmeno político.—La exacta medida del interés público está en la profundidad del silencio y la intensidad de la atención.—De donde mi ideal oratorio en estos sencillos términos: *que estando acatarrados mis oyentes no se acuerden de toser*.—Esto sólo con la improvisación ó espontaneidad de la forma llega á obtenerse.—Cuarto argumento en su favor.

CAPÍTULO VI.—Juicio definitivo en el ánimo del auditorio.—Juicio inmediato ó actual; juicio mediato ó remoto.—El buen discurso es como el buen vino: gana con los años embotellado en la memoria del que lo oyó; mientras que un discurso de relumbrón, por sabroso que parezca en el acto, va perdiendo valor al compás que se transcurre el tiempo.—Experiencia acumulada acerca del particular.—Cuánto contribuye el primer caso á la consolidación de la autoridad oratoria, así como el segundo á la improvisación de un pasajero prestigio.

CAPÍTULO VII.—Aversión natural del público á las formas preparadas, ó peroraciones de memoria.—Excelencias de la improvisación de la forma, nacidas de su espontaneidad. (Referencia al CAPÍTULO II.) Riesgos de la forma preparada, ó de memoria, para la generalidad de los perorantes.—El público se promete del oral discurso todo lo interesante y azaroso de un alumbramiento de ideas, allí en el instante mismo de ser concebidas, y ante ese, no diré simulacro, sino acto real de parturición, el auditorio no quiere asistir á partos fingidos ni á partos distócicos; gózase en presenciar un parto normal con sus dolores fisiológicos; dolores que lo acreditan de verdadero; dolores que en razonable medida, por ser normales, avivan el interés público; tanto que en ocasiones, sobre todo al desenvolver algún párrafo nacido de atrevimiento en la forma ó en originalidad en el fondo, parece como que el auditorio le dice con la vista al perorante: «¡ánimo! ¡un poquito más de valor y está usted salvado!»—De los azares del perorar de memoria, para quien no sea señor absoluto de todas sus facultades, paréceme haber indicado ya en el CAPÍTULO II lo bastante para el buen entendedor.—Véase cuán fundado resulta este 5.º argumento en pro de la espontaneidad de la forma.

CAPÍTULO VIII.—Carácter positivo de todo auditorio.—El público es granívoro, no herbívoro.—Carácter de este positivismo.—No la aversión á lo abstracto, á lo racional ó metafísico como cierta Escuela, que siempre combatí y que ya por sus culpas agoniza, pretendía,

sino la aversión á la vaciedad del retoricismo y á todo cuanto trasciende á ripios, vulgaridades, repeticiones de lo mejor dicho ó escrito por otros y demás paja intelectual.—Todo público, si no sabe, siente que el constituirse en auditorio no vale la pena si no es para escuchar en forma y fondo algo no oído ni leído, y esto compromete á todo perorante á *personalidad propia en fondo y forma*, aun cuando sólo se trate de una oración de mera propaganda.—Auditorio, pues, apetece substancia del principio al fin.—Ésle indiferente sea ésta analítica ó sintética, concreta ó abstracta, física ó metafísica.—Pero como artista y femenino, todo auditorio apetece claridad en lo abstracto, sintético ó metafísico; condimento en lo analítico, concreto ó físico; y vida y genialidad en todo.—Deducciones: 1.^a, atención suma á enjugar el estilo en beneficio de la substancia del discurso, tan pronto los rostros señalen que es mayor su apetencia de tajadas que su sed de salsas; y 2.^a, reducir los exordios á la sustantividad que años ha los auditorios, más avaros ya del tiempo y más conocedores de su interés, reclaman.

CAPÍTULO IX.—Natural versatilidad del auditorio.—Si, como antes dije, «toda multitud tiene mucho de carácter femenino», ahora añado «y hasta no poco de infantil.»—Así nos hizo Dios, espectadores por dotados de imaginación, románticos por tendencia de corazón y versátiles por ejercitarse nuestra alma en un cuerpo sujeto á la doble ley de continuidad de la vida total por sucesivas compensaciones de fatiga de unas partes, por apetencia de otras. Así somos todos perpetuamente niños en lo que á enseñanzas se refiere, pues en todo se nos ha de dar, para tenernos en lento arrobamiento desde el principio á la fin, ahora pasto poético á la soñadora fantasía, ahora emociones gratas á nuestro susceptible corazón, y, en todo caso, aquellos cambios de cultivo á barbecho y de barbecho á cultivo que, para todas nuestras actividades y por ley natural, nuestro cuerpo necesita y nuestro ánimo apetece.—De un niño de cinco años al más severo patriarca; de la mujer más tierna al bandido más feroz... de un público español á un auditorio *yankee*, no va la menor diferencia.—Un auditorio en los momentos que preceden al comienzo de la oración ofrece todas las trazas de un niño, muy grande, sí, muy extenso, de muchas y crecidas cabezas, pero niño al fin, que aguarda á que le cuenten un cuento. Adecuar este cuento á su grandor, su número y su capacidad intelectual, he aquí el Arte de perorar con éxito, aun sin ser orador.—Suma de tino, naturalidad, atención, sana malicia y buen gusto que esta tutela de las facultades del auditorio reclama del orador.—Escollos: la excentricidad y la vista de la hilaza.

Sección II

DEL ORADOR

Como autoridad en sí y como alma del auditorio

CAPÍTULO I.—Concepto genérico de la recitación (por improvisación, lectura ó reminiscencia).—De la naturalidad como raíz común de toda belleza declamatoria.—Reservas especiales sobre las recitaciones de memoria.—Condiciones de la naturalidad artística.—Evitar los dos riesgos de vulgaridad y amaneramiento, dejando sublimar estilo, tono y gesto, por la sola virtud de un sincero y delicado amor al asunto de que se trate.—Observaciones críticas acerca de las diversas formas tradicionales de recitación y declamación, como *caricaturas parladas*.—Origen vulgar de la naturalidad artístico-oratoria.—El pueblo, como selva virgen donde todo, desde la violeta al cedro, desde nuestros graciosos de comedia hasta los rapsodas declamadores de la Iliada, nace y crece espontáneamente.—En su cultivo está el secreto artístico del buen recitar.—En qué estaba lo incomparable de Ventura de la Vega como recitador.—Triunfo involuntario del Autor en unas lecturas académicas.—Emisión de la palabra.—Arte de la correcta vocalización.—Pureza de consonantes.—Limpieza en las vocales.—Proscripción de sinalefas de la oratoria castellana.—Distinción de vocablos.—De la entonación ó música especial de cada idioma, como auxiliar de la claridad material de expresión.—Hábito instintivo de los cómicos en las conversaciones privadas.—Dificultad de mantenerse acerca de todo esto en su justo punto.—Hipnosis producida por un exceso de purismo en la articulación de las palabras en toda lengua, y muy señaladamente en la castellana, por su extrema pobreza fonética, así vocal como consonante.—Existe buen número de hombres de mucho mérito, que sólo por *redichos*, no han podido nunca prevalecer como oradores.—No siempre resulta lo más elegante el llevar perfectamente abrochados *todos y cada uno* de los botones del gabán, ni matemáticamente simétrico el lazo de la corbata.

CAPÍTULO II.—De la educación intelectual oratoria.—Importante diferencia entre *educación é instrucción*.—Toda rama del saber, hasta la más abstracta reclama *su Clínica*, es decir, su práctica educativa consistente en estos dos órdenes de ejercicios: *Práctica directa de lo bueno* y *Crítica de las malas prácticas*.—Puede el hombre llegar á ser, por la instrucción, un mar de ciencia; por la educación, un pozo de

sabiduría, y esto último es lo que interesa al orador.—Con ello posee comprendido en reducido espacio un oculto y permanente depósito para toda necesidad oratoria.—El contenido de la mera instrucción, aunque ésta sea práctica (condición muy rara hasta el presente), es falaz, porque reside en la memoria; el de la educación es infalible, porque como práctica espiritual que es, se transfunde en la inteligencia y la voluntad, como robustecimiento de entrambas.—Estado de día en día más lamentable de la educación intelectual.—Su destierro de los establecimientos docentes.—Inutilidad tradicional y actual de ciertas asignaturas, esencialmente educativas.—La reacción individual privada, como último recurso de salvación.—Á ella contribuirá quien quiera que, siguiendo la tendencia de este libro, ajuste á ella su conducta.—La utilidad de la educación intelectual como preparación á la oratoria, es sólo *un caso particular* de su general conveniencia como preparación á una superior cultura, y á su consiguiente prestigio para todas las aplicaciones de la actividad humana.—Los dos grandes instrumentos prácticos de la educación intelectual: 1.º El ejemplo de lo magistral inducido por el trato con personas de superior cultura, ó por selectos libros en el respectivo ramo. Y 2.º La audición y la lectura de críticas *imparciales é inclementes*, hasta llegar uno á adquirir la facultad de intuición rápida y certera de lo defectuoso ó erróneo, en labor ajena.—Con estos dos elementos, y un tanto de desconfianza de sí mismo, obtiéndose la utilidad final, que consiste en llegar cada cual á ser capaz de juzgar de sus propios pensamientos; conservando y aplaudiéndose los buenos, y silbándose á tiempo las mil y una tonterías en que el más pintado suele incurrir á poco que se descuide, ó que no esté *de filis* para un buen concebir, por aquello de *quandoque bonus dormitat Homerus*.—¿Qué mejor traza artística para un orador que el sangrarse en salud contra tan desairadas dormitaciones, evitándose el bochorno de que el auditorio le despierte de ellas con señales más ó menos delicadas de emancipación?

Artículo 1.º—Educación lógica.—Con ser la misma del buen razonar la más esencialmente educativa de todas, es, sin embargo, la más relegada á simple materia de instrucción.—Así, discípulos llegan á maestros perpetuando el daño.—Aspectos de la educación lógica.—Criterio racional puro.—Criterio práctico ó condicionado.—Educación gramático-general, ó prácticas de rigor de sucesión ideológica en la emisión del pensamiento.—Ideología gramatical.—Prácticas polemísticas.—Verdadera economía de la discusión, huyendo lo mismo de la antigua silogística que de la moderna difusión, como rémoras una y otra al curso de la verdad en la polémica.

Artículo 2.º—Educación psicológica.—Verdadero sentido de la Psicología.—Ciencia educativa como base del conocimiento de sí mismo.—Condiciones de un buen análisis de las facultades del espíritu humano y de las relaciones entre lo físico y lo moral.—Multitud de textos perniciosos ó simplemente inútiles.—Indicación de aquellas muy contadas obras, cuya lectura es realmente, además de instructiva, educativa.—Facilidad de extraer de ellas un sano sentido metafísico sin necesidad de fuertes estudios ontológicos.—Beneficios del habitual examen de sí mismo, tanto para conocerse cuanto por ser éste el único medio de conocer á los demás.—Asombrosa multitud de lamentos del bien y del mal que la mente humana alberga, y de cuya posesión, sólo por profundo examen, llegamos á adquirir clara conciencia.—La educación psicológica como fuente de autoridad y prestigio ante un público, y como base de serenidad y de recursos oratorios.

Artículo 3.º—Educación retórica.—Esterilidad general de las obras de Retórica y elocuencia.—Examen fundamental del elemento retórico, así en la formación como en la expresión del pensamiento.—Humilde origen del elemento retórico en el sentimiento popular.—De cómo á ningún orador le es dado inventar formas de belleza expresiva.—Criterio acerca de la intervención de la imaginación en las operaciones del entendimiento.—La belleza en un discurso ha de ir siempre al servicio de la verdad; lo contrario debe condenarse por inmoral, hasta en la oratoria política, la menos moral de todas.—Retórica, cuya finalidad es retorizar, no la resiste ningún público.—La belleza en oratoria es condimento de la verdad, condimento útil, porque disimula el dejo de amargor de ésta, pero que nunca autoriza á dar por alimento condimento.—Consiguiente espontaneidad retórica en buena oratoria.—La mejor imagen, el más feliz atrevimiento de imaginación suele ser aquel que, por lo repentino, por lo involuntariamente surgido del calor oratorio, sorprende al mismo orador tanto como á sus oyentes.—Amar el asunto y dominarle constituyen las fuentes retóricas más sanas y eficaces de un discurso.—De donde un sexto argumento en pro de la espontaneidad expresiva.—Resumen: que suprimido todo elemento retórico de un discurso dado, quede éste íntegro como proceso demostrativo.—Estudio de los buenos modelos de elocuencia.—Qué hay que esperar y qué temer de un tal estudio.—Es un caso de nutrición del orden espiritual.—Analogía de ésta con la del orden orgánico.—Quien pretende llegar á parecer otro, no llega á ser el otro y deja de ser él.—Reflexión final acerca de la formación y la higiene de la propia personalidad.

Artículo 4.º—Educación atentiva.—Es la educación de sí mismo, para el mayor y más constante aprovechamiento de cuanto se aparece, *intus et extra*, en el campo de la propia experiencia.—Por ella, como obra de una voluntad esclava de la razón y señora á su vez de todos nuestros sentidos, un mes de vida atento á *todo*, equivale á un lustro por lo menos de la experiencia del común de las gentes.—Este espíritu de observación á la vez continuo, extenso, intenso y simultáneo sobre cuanto se presenta y opera en el radio de nuestro percibir y entender, no fué, ni es hoy, á despecho del tan cacareado *baconismo*, patrimonio de los hombres de ciencia: ésto, y lo ha sido y será siempre, de los verdaderos artistas.—El hombre de ciencia especializa su atención, reduciéndola á los objetos de su particular cultivo; de donde, al compás que las ciencias se subdividen en especialidades y en especialidades de especialidades, el *sabio* va volviéndose de día en día más *adán*, más *recién llegado de las Batuecas*, más ignaro de todo lo ajeno á su estrecho círculo, á pesar de que oye, huele y gusta, y palpa y piensa y necesita. El artista, el que lo es de corazón, aplíquese al arte que se quiera, conoce por finísimo instinto que los medios de expresión que *puedan un día* servirle son infinitos, y que, por tanto, le está vedado decir «de esta fuente no beberé»; de donde la universalidad de su afán atentivo.—Mi experiencia: como observador, encuéntrome siempre mejor hallado conversando con un regular artista de cualquier Arte, que con un sabio de primera magnitud en cualquiera Ciencia.—Con el primero, la más perfecta concordancia; el segundo me produce el efecto de una arpa que sólo tiene afinadas 3 ó 4 cuerdas.—Imposible *concertar* con él.—Sistema de educación atentiva.—Intimidación con artistas, especialmente pintores, escultores, novelistas de costumbres y autores dramáticos; dominio progresivo sobre la propia voluntad, hasta obtener la persistencia y pluralidad atentivas convenientes.—Á poco, el placer de los primeros frutos recogidos hace el resto, excitando á la voluntad aquellos mismos sentidos que antes hallaron penoso el ejercicio.—Provecho inmediato de la educación atentiva para el orador.—Dotar de toda clase de recursos, saneados, por ser de propia experiencia, los arsenales de la expresión oratoria.

Artículo 5.º—Atención oratoria.—Aplicación de la educación atentiva á la observación de esa colectividad viviente llamada auditorio. Inútil que todos y cada uno de los oyentes colaboren de hecho al buen camino del discurso, si el orador no para mientes en tan preciosas cuanto mudas insinuaciones.—No todo está en que el público guarde ó no guarde orden y compostura. En estos casos, ó el mal

viene del mismo orador, ó surge de otro origen; en el primer caso, ese mal nacerá quizás, y sin quizás, de no haber aplicado el perorante su eficaz atención á los primerísimos asomos de aquel desgo-bierno, y en el segundo, bueno sea el discurso, que pronta y eficaz policía será el mismo auditorio para reponer el orden.—Superiores miras de la que llamo atención oratoria; recibir constantemente todas aquellas calladas, infinitesimales, pero fehacientes muestras, que constituyen como telegramas que, segundo por segundo, comunican al orador el movimiento de cotización de su propio discurso.—Otra utilidad de la simultaneidad atenta: estar constantemente el orador *toto in toto auditorio* ejerciendo funciones de animador *totius substantiæ*.—Necesidad artística de que esta perenne y repartida atención se mantenga velada por las más naturales muestras de confiado abandono: que todo dominio ejercido por lo animado sobre lo animado, se ajusta exactamente á este aforismo de arte de la equitación: «Montar con soltura y garbo, atento á cuanto fuere gusto ó menester; empero, estar siempre *al tanto* de las orejas del caballo.»

Artículo 6.º—Educación enciclopédica.—Distinción neta entre instrucción y educación enciclopédica.—Necesidad de insistir en estos deslindes.—Pocos, muy pocos, pudieron en la antigüedad poseer la enciclopedia del saber de su tiempo; no hay hombre capaz de poseer la actual.—Mas en todo tiempo ha sido dable á todo regular entendimiento, asistido de ferviente voluntad, alcanzar una educación enciclopédica.—Ni lo uno ni lo otro cabe confundirlo con la *Erudición á la violeta*.—Aclaraciones por medio de ejemplos.—Carácter teórico-práctico de esta educación enciclopédica.—Valor oratorio como arsenal auxiliar de fondo y como fuente de lozana y espontánea forma.—Observaciones curiosas relativas al voto de ciertos auditorios mixtos en este particular.—Plan general de una educación enciclopédica.

CAPÍTULO III.—Dominio del asunto.—Para perorar con éxito seguro no basta *conocer bien* el asunto de la oración; es menester *dominarlo*.—Este dominio (conviene fijarse bien en ello) nunca nace ni puede nacer del interior del asunto mismo; la educación enciclopédica, es decir, un saber exterior y superior al de la materia del tema, es lo único que proporciona un tal dominio.—Con el concurso de maestría interna y educación enciclopédica, se reúnen la especial ciencia y la superior y general razón de aquel saber, y entonces se está en el caso de cautivar, por el solo fondo del discurso, el interés público; pues de dicho conjunto salen, á un tiempo, la verdad de la doctrina y la gallardía de la expresión.—En público no se debe ha-

blar más que *ex abundantia mentis*; un discurso ha de ser como el borbotonear del sobrante, como el rezumo de la presión centrífuga del propio contenido acerca del asunto.—Menguado orador aquel que va sin más repuestos que aquellos precisos para transmitir al auditorio. Ejemplos prácticos gimnastas, bailarines, declamadores, cantantes, maestros.—Precisamente esa reserva de fuerza, de saber, de contenido, es condición y sostén de lo que respectivamente llama el mundo soltura, aplomo, gracia, habilidad, destreza, dominio, en fin, de la labor propuesta.—Valor de la educación intelectual oratoria como complemento común de dominio de todo tema, sin distinción, sea de Artes ó de Letras, de Ciencias ó de Filosofía, de Técnica ó de Historia, etc., etc.

CAPÍTULO IV.—Dificultades de la improvisación lógica ó de fondo. Arte de evitarlas.

Á nadie creo capaz de *hablar ó escribir en limpio* acerca de aquel orden de convicciones de que se habla ó escribe por vez primera.—Sólo hablando antes mentalmente y después de haber castigado de *cuartillas* de imaginación su proyectada arenga, podrá lograr el milagro, pero milagro aparente, pues aquello no fuera improvisar, sino recitar de memoria.—Eso hacía Mozart.—Por ello los autógrafos de su música son tan limpios.—Ejemplo aclaratorio.—El pensamiento, como fenómeno íntimo del espíritu, no tiene ni necesita tener forma expresiva ó discursiva. Su fondo es metafísico-sintético; sólo por el esfuerzo indispensable para comunicarle á otro se le reduce á forma gramatical analítica.—De ahí el error moderno de que el hombre piensa, porque habla; pero de ahí también la verdad de que el más expedito medio de que el hombre analice y reconozca todo el contenido de su pensar, consiste en que trate de comunicárselo á otro; de ahí también que, en la enseñanza, el maestro realmente pensador sale todos los días de cátedra, habiendo aprendido tanto como sus discípulos, porque se ha aprendido á sí mismo.—Dificultades esenciales del lenguaje como expresión del pensamiento.—Diversidad de soluciones dadas por los diferentes idiomas á estas dificultades.—Aplicación: 1.º, evitar, en cuanto sea dable, que tenga lugar en público el primer ensayo de explicación de un determinado sistema de verdades, de relaciones naturales de hecho, de convicciones, en fin, hasta entonces guardadas en el informe seno del pensamiento.—Por muy bien que se salga de la improvisación lógica ó discursiva, merced á las brillantes aptitudes del orador, es innegable que éste hubiera mejorado en tercio y quinto su texto vivo, si en lugar de explicarse de primer borrador en público, hubiera antes ejerci-

tado privadamente.—Así se logra razonar en limpio.—2.º En su virtud, á fin de practicar desahogadamente el primer improvisado análisis del propio pensamiento, sobre una materia dada, acerca de la cual se debe improvisar en público, basta explicárselo á un particular cualquiera de nuestra intimidad y satisfacción, y no importe que éste no sea un sabio; mejor aun, y mucho mejor, si fuese el barbero. Para atender, cualquiera sirve, y cuanto más baja la condición del oyente privado y más sublimada la cuestión, mayor triunfo lógico si se logra que en el rostro de aquel ignaro oidor asome aquella indefinible expansión que constituye seguro signo del placer de haber entendido.—En tales ensayos se demuestran dos verdades prácticas, á saber: 1.ª, que la cuestión más abstrusa es reductible á términos llanos, de donde le venía al buen Sancho hacer frente á las más empingorotadas cuestiones; y 2.ª, que una vez hecho el ensayo de buscar la expresión llana y clara de un orden de pensamientos, ya lo demás, es lo de menos y queda uno dueño de improvisar cien veces en cien distintas y variadas formas de improvisación y para todas las categorías imaginables de auditorios acerca de aquel tema.—No perdonar ocasión de enseñar al ignorante, enseñar acerca de todo, enseñar siempre; he aquí la gran escuela del Arte de improvisación lógica ó de fondo.

CAPÍTULO V.—Dificultades de la improvisación artística ó de forma.—Arte de orillarlas.—La correcta conducción *ideológica gramatical* de cada uno de los párrafos del discurso es, de todas las dificultades de la buena improvisación, la única que, dentro de mi sistema, merece capítulo aparte, puesto que todas las demás tienen su solución implícita, pero segura, dentro de los demás capítulos.—Párrafos breves son fácilmente dominables; mas como no siempre es dable parráfear á lo Moisés ó á lo Pepe Selgas, quedamos siempre en pie la eventualidad de dominar la construcción y ordenamiento de párrafos largos y más ó menos necesitados de frecuentes incisos.—Escaso número de improvisadores correctos y gran número de los que lo parecen.—En el acto de verse uno lanzado, gran serenidad atenta y recargo de autorización en la oración fundamental directriz.—Motivos y ejemplos.—Antes, como prevención educativa, ensayo privado de improvisación sobre cualquier asunto tomado por taquígrafo.—Descubrimiento consiguiente de dos cosas: 1.ª, de las faltas de régimen á que propenda la improvisación; y 2.ª, de aquellos defectos personales de que uno adolece como improvisador.—Conservación, edificante por lo mortificante, de tales documentos experimentales taquígráficos.—Con pocos basta, y no afectan, por tanto, al más mo-

desto caudal.—Peligros de la oratoria habitual (cátedra, púlpito, estrados).—Profusión de incisos, de adjetivos, de adverbios.

CAPÍTULO VI.—Apuros y atascos.—En quien domina materia, sólo pueden éstos nacer, ó de embrollo reconocido en mitad de un largo párrafo, ó de no atinar en el acto con el adecuado vocablo general ó de nombre propio que conviene emitir, y en todo caso, de una falta accidental de memoria.—Solución al conflicto; serenidad para avivar el obscurecido recuerdo; momento de espera, y de no reaparecer, subsanar la falta con un circunloquio.—Nadie está exento de este riesgo. El público no le da, como mero incidente, ningún valor.—Hasta cabe que el orador, por humorada de buen gusto sobre la propia flaqueza, salga airosamente del paso. (Véanse los capítulos que tratan de las dificultades de la improvisación, caudal de voces y auxiliares pnemotécnicos.)

CAPÍTULO VII.—Medida del tiempo y sus dificultades dentro de la improvisación.—Máxima y mínima de duración admitida para las sesiones oratorias.—Reloj sobre la mesa.—Cuidado en no olvidar su consulta.—Natural disimulo para esta operación, puesto que el auditorio debe ignorar que existe el tiempo.—Reglas de sentido práctico para ajustar la duración del discurso al punto conveniente entre los dos admitidos extremos.—Excelente proporcion que en general ofrecen el cumplido desarrollo de un tema, y el espacio de hora y media. Motivos excepcionales para más.—En esto, como en todo, el gran indicador es el mismo auditorio.

CAPÍTULO VIII.—De la voz, de la emisión y pronunciación de la palabra.—Condiciones naturales de fuerza, timbre y natural tesitura.—Limpieza fonética.—Conformación de labios, lengua, dentadura y fauces.—Valoración práctica de sus defectos.—Condiciones étnicas. Frecuencia de graves defectos vocales y fonéticos en las regiones de España más favorecidas de condiciones psíquicas para la Oratoria.—Casos y ejemplos anónimos.—Vencimiento de tales dificultades por el genio y el arte.—Paralelo entre oradores y artistas cantantes y dramáticos (referencias Tamberlick, Ronconi el menor, Calvo y Vico, sin nombrarles).—Vicios de hablar para sí, para el tapete ó pupitre, para la palma de una mano.—Referencia á otros extremos ya tratados en capítulos X y otros. (Para la respectiva Higiene, V. Sección VII.)

CAPÍTULO IX.—Compás, ritmo y pausas.—Lo primero es la duración promedia en la emisión de cada palabra (hablar deprisa ó despacio): lo segundo la relación deliberada ó indeliberadamente entre diversos vocablos para formar un grupo respiratorio, y lo tercero el

silencio de párrafo á párrafo ó de sección á sección del discurso.—De lo primero es criterio nacido de la naturaleza del asunto y del temperamento intelectual del orador.—Única regla: *nequid nimis*, ni por priesa ni por cachaza.—Además, en un discurso como en una pieza musical de análoga categoría (una sonata, por ejemplo), no sólo es lícito sino también debido el cambio de compás al par de las variantes internas ó ideales del asunto.—De lo segundo la mejor regla es combinar con las exigencias de unidad respiratoria por oración ó parte importante de ésta, la mayor ó menor urgencia con que un vocablo dado es requerido por su precursor.—Casos y ejemplos.—De lo tercero, en fin, es regla única y fija: que toda pausa debe ajustarse al *minimum* de necesidad de respiro intelectual del auditorio.—Un punto más y cada cual se acuerda de que existe, etc.

CAPÍTULO X.—Vicios oratorios materiales (muletillas, ripios, incidentes y defectos fisiológicos, como tosecitas, gestos nerviosos, etc., amaneramientos de estilo, fonación, tono y gestos, sorbitos de agua y meneos de azucarillos, paseos de fiera del Retiro y manotadas contra el pupitre, etc., etc., etc.).—Vera efigie de un orador hecho un racimo de tales gracias.—Lamentable origen de todas ellas.—Remedio: personalidad propia, y además un buen amigo, de acreditado gusto que, por ser el orador capaz de remediárselos, tenga la virtud de advertírselos.

CAPÍTULO XI.—Caudal de voces.—Su trascendencia en general (hasta á la íntima relación con delincuencia), y su excepcional importancia oratoria.—Riqueza y propiedad ideológicas que proporciona al discurso.—Gran socorro en atascos por infidelidad accidental de memoria, merced á la expedición con que se elige un sinónimo ó con que se improvisa un circunloquio.

CAPÍTULO XII.—Emoción del orador en la proximidad del acto.—Caracteres que reviste ésta, y cuidados que reclama.—Presentación (*momento caótico*).—Reacción inmediata á la salutación «Señores!».—Grave inconveniente de que la reacción no sea inmediata.—Único preservativo seguro: *dominio del asunto*.—Influencia del público en la mayor ó menor prontitud de la reacción.

CAPÍTULO XIII.—Dificultades iniciales de la peroración.—Modo de sortearlas ó de vencerlas.—Sobrante de preparación de fondo, como base de serenidad.—La pronta entrada en materia, como seguro puerto de refugio.—Sus efectos en orador y en auditorio.

CAPÍTULO XIV.—Conducta oratoria en discusiones y réplicas: 1.º Cuanto al fondo, buscar el flaco fundamental del preopinante como punto decisivo, reduciendo á este punto débil cuanto sea posi-

ble los flacos secundarios.—Donde un solo argumento perentorio demostrativo basta, no emplear dos ó más, reservándose explícitamente, por si acaso, el sobrante, y no debilitar el vigor polemístico con hipotéticas admisiones, *arguendi gratia*, de si fuere verdad ó realidad aquello cuya realidad ó verdad precisamente se niega.— Pudiera decirse á este propósito: «Concede, que algo queda».— 2.º Cuanto al fondo, atenerse siempre al *fortiter in re suaviter in modo*, tanto por cortesía, cuanto por egoísmo. Lo primero, porque en toda discusión la guerra debe ser de ideas (Manzana de Guillermo Tell), y lo segundo, porque gritos, descomedimientos, insultos, son flaquezas, mientras que la cortesía es fuerza.

CAPÍTULO XV.—La moral oratoria.—Hablar la verdad, tal y como se impone á nuestra propia conciencia, embelleciéndola con la natural expresión del amor que ella inspira, á fin de transfundirlo en el ánimo del auditorio.—Lo demás es mercadear, por medio de la palabra, con un fin egoísta, utilitario é indigno, por tanto, de la oratoria. En tal concepto, la ambición, el anhelo del aplauso de momento (palmadas y bravos), no es el mejor amigo de la moralidad oratoria.—Lo que conviene fomentar en el propio ánimo es el honesto deseo de alcanzar con el tiempo sólida fama. La propaganda de la verdad no debe amedrentar á nadie: con un poco de arte, á falta de genio, se logra propinarla al auditorio más prevenido en contra ú obcecado. (González Bravo en Teatro Real.)

Sección III

DEL TEMA ORATORIO

CAPÍTULO I.—Origen de los temas (espontáneos, voluntarios, obligados, sugeridos, suplicados, emplazados y urgentes.)

CAPÍTULO II.—Intuición orgánica y estética del contenido de un tema, como previo juicio del interés que pueda despertar en un determinado público.—Posible instantaneidad de texto de una tal intuición en sus embrionarios lineamientos. (Texto exordio del pro y contra de la vida moderna.)—Profusión de los casos y ejemplos.—Lucimiento inherente al feliz desarrollo de un tema obligado ó de un tema urgente, y mayor si en él concurren ambos á dos dictados.

CAPÍTULO III.—Repuesto mental de temas en embrión.—Facilidad de lograr este almacenamiento.—Hábitos de meditación sobre cuanto aprendemos por propia ó por ajena experiencia.—Curiosos y útiles resultados que esto da en la práctica, tanto para la prontitud y acier-

to en la preparación oratoria, cuanto para la formación de la propia personalidad.

Sección IV

DEL DISCURSO COMO LABOR ORGÁNICA Y EXPRESIVA

CAPÍTULO I.—Formas del discurso.—Familiar, académica, tribunicia y ceremonial.—Caracteres comunes y diferenciales de estas cuatro formas.—Subdivisión de algunas de ellas.

CAPÍTULO II.—Partes capitales del discurso.—Exordio, cuerpo y epílogo.—Adaptación de cada una de estas tres partes fundamentales á las condiciones de fondo y forma que el sentido moderno reclama. Exordio: su brevedad, substancialidad propia y su posible consubstancialidad con el cuerpo del discurso.—Cuerpo: casuismo natural de su ordenación, según la índole del tema.—Posibilidad de una feliz inversión del orden natural del contenido, como medio de avivar hasta un grado realmente *dramático* el interés del auditorio.—Reflexiones sobre lo adaptable y lo ya caduco de los preceptistas acerca del asunto de este capítulo.

CAPÍTULO III.—Concepción del discurso.—Esta concepción es la visión genial del conjunto y de sus partes substanciales y formales más culminantes —Todos poseemos, en mayor ó menor grado, esta aptitud genial.—Independencia entre esta visión genial de conjunto y la ordenación definitiva de los elementos del discurso.—Relaciones entre la prontitud y acierto en esta visión genial y la riqueza de temas latentes de que el orador dispone.

CAPÍTULO IV.—Preparación ó desarrollo orgánico del discurso.—Parte *preparanda* (fondo ó esqueleto), y parte *impreparanda* (forma oratoria ó externa).—Métodos preparatorios, racional y empírico.—Su arte respectivo.—Ejemplos aclaratorios.—Estro organizador.—Su no dependencia directa de la voluntad.—Modos de promoverlo y de aprovechar su calor.—Mi máxima acerca del particular para feliz gestación de todo intelectual empeño.—Reflexión final acerca de cómo crece en la mente ó en las manos toda labor que tiende á la perfección.—Consiguiente regla de no dejar para última hora la tarea preparatoria.—Aplicación á la composición literaria en general.

CAPÍTULO V.—Dignidad del discurso en fondo y forma.—Distinción entre dignidad y solemnidad ó altura (cabe lo digno en lo más llano, como á su vez, lo indigno puede penetrar en lo solemne).

CAPÍTULO VI.—Alcances de fondo hasta la fecha de la peroración. Aprovechamiento (salvo caso de urgencia) del tiempo que media entre la aceptación del compromiso y su cumplimiento, para poner *al día* los propios conocimientos en el propuesto asunto.—Ventajas de esta precaución por el doble concepto de cumplimiento de un deber moral y de satisfacción de un interés propio.—Riesgo en omitir tal diligencia: la justa crítica de los más doctos. (Véase el capítulo siguiente.)

CAPÍTULO VII.—Necesidad de juicio propio acerca del tema ó de parte importante de su comprensión ó contenido si se aspira á obtener los votos de calidad que en el auditorio se cuentan.—Valor decisivo de tales votos en toda colectividad.—Natural garantía de que éstos distinguen y justiprecian lo que hay de labor propia en la oración pronunciada.—Generalización del consiguiente prestigio entre la mayoría, á pesar de no estar asistidas, por punto general, de aquella magistral influencia que permite distinguir, por una mera audición, lo aprendido y lo original.—Modo de alcanzar pensamiento propio sobre una determinada materia.—Entereza para sustentarlo.

CAPÍTULO VIII.—Originalidad y genialidad.—Valor relativo de entrambos conceptos.—Caracteres absolutos y relativos de la originalidad y la genialidad, así en el fondo como en la forma.—Frecuentes confusiones acerca de esto, tomando el oyente como genialidad y hasta extravagancia, aquello que precisamente es lo más natural y sensato.—Influencia de la general ignorancia ó de una dominante preocupación en tales errores de juicio.—Entereza para afrontar estos azares de la oratoria.

CAPÍTULO IX.—Purismo y arcaísmo.—De cómo ningún *siglo de oro* ha conocido *puristas*.—Caso práctico en nuestros escritores de los siglos XVI y XVII.—Su espontaneidad y diversidad en vocablos, giros, modos y estilo, y hasta ortografía.—Purismo es el servilismo de la decadencia bajo una pragmática convencional.—En qué consiste el encanto que producen nuestros clásicos hasta por sus descuidos.—Norma prudente acerca del particular: asegurarse de emplear siempre vocablos propios de nuestro idioma y vivos y adecuados, procurando que en la contextura y estilo de la frase resplandezca siempre la influencia espiritual, nunca la imitación material, de nuestros grandes escritores.—Como consecuencia ineludible de que «el estilo es el hombre», diré que «donde no hay estilo personal no hay hombre».—Con respecto al arcaísmo, paréceme segura regla (salva excepcional necesidad ideológica ó poética) no emplear más voces anticuadas que las contenidas como tales en el Diccionario vigente

de la Academia. En su consignación está su fe de vida, si no de hecho, de derecho.

Sección V

ESPECIES DE ORATORIA

CAPÍTULO I.—Oratoria sagrada.—Su formalismo clásico-pagano en rebelde aleación con un convencionalismo romántico-cristiano.—Quietismo lamentable.—La inmutabilidad de lo dogmático no excluye, sino que reclama la adaptación de su predicación á diferencias de tiempos y lugares.—Antiguas sátiras.—Experiencia de sermones.—Urgencia de una reforma en relación con sus fines.—Variedades de oratoria sagrada.—Plática edificante.—Sermón catequístico.—Sermón apologético.— Conferencia filosófica moderna para hombres solos, en las cuales los fieles se deleitan, pero el Señor... se aburre.

CAPÍTULO II.—Oratoria militar.—Es de cuartel y campo ó plaza ó buque de guerra (excluye la académica, la técnica, la política, la jurídica y cuantas del orden común puedan ejercitarse en asuntos militares).—Su carácter lógico y retórico reducido de sus fines.—Brevedad, concisión, precisión, claridad y grande energía de estilo.—Su urgencia imperativa ó persuasiva.—La inferioridad del auditorio (ejército, tripulación, pueblo en armas), es lo que exige suma claridad ó llaneza de lenguaje.—Ejemplos selectos.

CAPÍTULO III.—Oratoria forense.—Su natural división en civil (con todas sus variantes) y penal.—Respectivos caracteres deducidos de los respectivos fines.—Oculto identidad práctica de entrambas (en lo civil el decantado «error de entendimiento» esconde, por regla general, «la perversión de la voluntad», eficiente del acto punible).—Las dos clases de auditorio del orador jurista: tribunal y público.—Su nota diferencial.—Creciente importancia de éste por virtud del juicio oral y de la institución del Jurado.—Cómo en ningún tiempo puede hoy ser eficaz la oratoria jurídica, así la defensiva como la fiscal.—Lucha entre estos dos elementos.—Lucha entre defensores.—Límites morales de la argumentación.

CAPÍTULO IV.—Oratoria didáctica.—Teórica, práctica (demostrativa y experimental).—Objetiva, subjetiva.—Racional, empirica.—Diversidad de formas, grados y tonos.—Interrupciones demostrativo-experimentales del hilo del discurso.—Manera de remediarlas ó de aminorar su mal efecto.—Peligros de amaneramientos, muletillas, perverso régimen por fragmentación de párrafos, etc., etc.—Econo-

mía didáctica y oratoria por el empleo de buenos auxiliares demostrativos.—(Mis cuadros.—Mi reparto de huesos).—Consecuencias pedagógicas.

CAPÍTULO V.—Oratoria política.—Su carácter deducido de su finalidad.—Las palabras en la lucha política consideradas como proyectiles sucedáneos de las armas.—Proximidad del debate político al combate sangriento.—Predominio político de la voluntad sobre el entendimiento y la razón.—De donde el predominio del fin persuasivo sobre el demostrativo, y el consiguiente del elemento retórico (oratoria tribunicia) sobre el racional ó discursivo (oratoria parlamentaria en los períodos de remisión).—Diversidad de formas y temperamentos de la oratoria política (fría, ardiente, enfática, insinuante, irónica, satírica, diatríblica, catilinaria, solemne, heroica), todo ello bajo la dominante del fin persuasivo, nota común á lo político y á lo militar.—Discursos obstruccionistas ó meramente estratégicos.—Renuncia estratégica al derecho de perorar.—Ejemplos.

CAPÍTULO VI.—Oratoria científico-popular (especie moderna de oratoria y literaria).—Carácter de esta especie deducida de sus fines. Exige la más íntima alianza entre la profundidad del pensamiento y la clarísima llaneza de su expresión.—Innúmeros los actuales cultivadores, así nacionales como extranjeros; escasísimos los buenos: éstos son los útiles; aquéllos, sobre inútiles, perniciosos.—Ejemplo tomado de la vulgarización de la higiene.—Lo que por ella se da y lo que debe darse en ella.—El lema de mi semanario *La Salud*.—Recuerdos de una serie de conferencias en el Ateneo de Barcelona.—Juicio del famoso libro alemán *Der Leib des Menschen*.—Enorme contraste entre intentar convertir los aprensivos en precavidos discretos, y obtener imprudentes temerarios.

Sección VI

DE LOS AUXILIARES PNEMOTÉCNICOS

CAPÍTULO I.—Juicio general de los sistemas pneumotécnicos reconocidos, y muy especial del ideado y propuesto por el Dr. D. Pedro Mata.—Grave inconveniente de todo sistema subjetivo ó fundado en la idiosincrasia personal del autor.—Consecuencia: resultar intransmisible su práctica.—Carácter formal de los sistemas propuestos.—Necesidad de una *Pneмотecnia de fondo* que, asegurando la ordenada marcha de éste, según el plan del orador, deje á éste al par que libre, subordinada al fondo en el curso de la improvisación.—Carácter

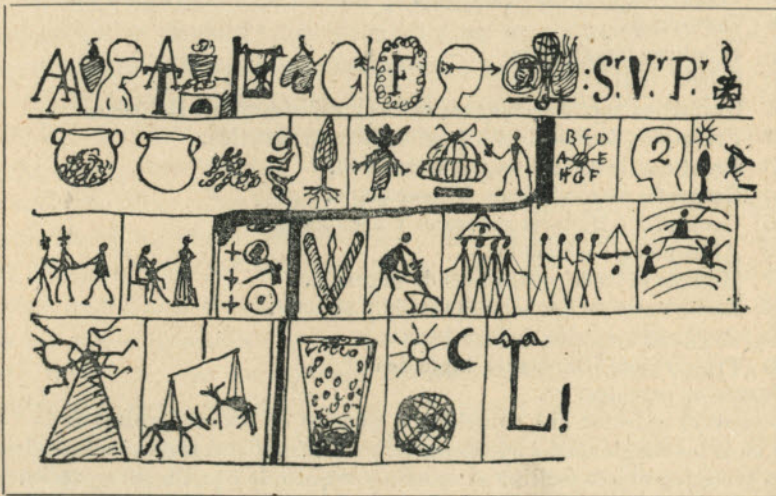
objetivo que debe tener una tal Pnemotecnia de fondo para su universal adopción.

CAPÍTULO II.—Mi sistema jeroglífico (simbólico-ideográfico).—Mi temprano desengaño de los apuntes literales ó escritos, de uso tan común como antiguo, entre peroradores, para asegurar el ordenado curso de las ideas de fondo y de algunos importantes conceptos relativos á la forma de la oración.—Vivo interés que ha despertado mi sistema á cuantos, primero en Barcelona, y luego en Madrid, han tenido de él noticia ó visto de él alguna muestra.—Vivas instancias para que yo lo diera á luz: las primeras en 1867, Ateneo de Barcelona, «Discurso sobre la naturaleza y origen del hombre», y las últimas cuando mi conferencia en 1891 en el Centro Instructivo del Obrero (1) (Aguilera, Pulido y varios periodistas).—Esencia del sistema: una *tontería infantil*, pero utilísima, pues va dando, por visión ins-

(1) Con gusto publicamos la *Clave ideográfico-simbólica* que hizo para esta última conferencia, pronunciada la noche del 21 de Noviembre de 1891 en el Centro Instructivo del Obrero de esta Corte, y que conservamos en nuestra colección de autógrafos de Letamendi.

El tema que en ella desarrolló fué: *Trascendencia privada y pública de la educación intelectual del obrero*.

He aquí, reproducido en fotograbado, el dibujo que, hecho á pluma, figura en el reverso de la tarjeta de visita que utilizó para este objeto:



En el reverso de la misma tarjeta y atravesando su nombre, hay escrito en renglones distintos y con abreviaturas, lo que sigue:

- 1 Lectura.
- 2 Escritura (corriente y caligráfica).

tantánea ideográfica ó simbólica, á prueba de miope, sin interrupción ni consulta ostensible, y hasta de pura memoria gráfica, que es la más segura, todas y cada una de las partes orgánicas del proyectado discurso.—Contenido: Figuras ideográficas ó simbólicas, y hasta letras iniciales (en cuanto figuras).—Origen intransitivo de estas figuras: el libre íntimo convenio entre el entendimiento y la imaginación del autor.—Imposible, ó al menos muy difícil y arriesgado juzgo la adopción de una tal *clave ideográfico-simbólica* imaginada por tercera persona.—Mi oficio, pues, acerca de esto, se reduce á transfundir mi Arte en principio; no cabe más.—Tamaño de un ejemplar: el de una tarjeta de visita de las mayores, á una ó á dos caras. En tan reducido espacio cabe el contenido oratorio para una á tres horas.—Frecuente desigualdad de las plazas ocupadas por las diversas partes de la proyectada peroración.—Razón de ello.—Compensación.—Aclaración de todo lo antedicho por medio de un caso práctico.—(Grabado núm. 1.)—El no saber dibujo, lejos de ser inconveniente, resulta ventaja; cuanto más infantil, más elemental mama-

-
- 3 Aritmética (mercantil y contabilitaria).
 - 4 Dibujo lineal, topográfico y artístico.
 - 5 Prácticas de modelado y vaciado.
 - 6 (Cortes, labores y flores).
 - 7 Trazado de gráficas numéricas.
 - 8 Taquigrafía.
 - 9 Prácticas fotográficas.
 - 10 Solfeo vocal.
 - 11 Gramática nacional, lenguas cultas y rudimentos de Retórica.
 - 12 Principios de Psicología, Lógica, Ética y Estética.
 - 13 Prácticas de recitación y declamación.
 - 14 Geografía astronómica y Meteorología.
 - 15 Geografía é Historia generales y nacionales.
 - 16 Antropología elemental.
 - 17 Higiene privada y Medicina de urgencia.
 - 18 Rudimentos de Economía privada y pública.
 - 19 Bosquejo histórico de la Filosofía.
 - 20 Prácticas de Gimnástica higiénica.
- Tanteo de ingenios?

Observará el lector que coinciden el número de los cuadraditos de la *Clave* con el de los renglones del cuestionario, y es natural esta justa correspondencia, pues tenía por objeto facilitar el estudio y repaso de aquella para explicarla y darla de memoria á tercera persona.

Hemos tenido especial interés en publicar este ejemplo, porque el autógrafo del «Arte de perorar con éxito sin ser orador» no tiene diseño alguno y este *caso práctico* suplirá, para el perspicuo lector, los que pensaba el autor proporcionarle y á que hace más adelante referencia.—Forns.

rracho, mayor fuerza pnemotécnica, por más chocante de suyo y mayor el esfuerzo de su autor.—Los míos, aun en épocas en que por el ejercicio mantenía una regular expedición gráfica, he procurado hacerlos *bien mal hechos*, es decir, tirando más á los primitivos infantiles jeroglíficos de mejicanos, chinos, etc., etc., y sobre todo á los cuadros salmódicos de los pieles-rojas, que á la correcta y elegante de los egipcios (grabado núm. 2).—El primero mal dibujado (Ejecución con tinta bien negra).—Tiempo: desde la invención, borrones y puesta en limpio de la *clave* hasta su *posesión*.—De veinticuatro á cuarenta y ocho horas á lo sumo.—Cabe reducirlo á dos ó tres.—División del total en compartimentos y *cartuchos* (sentido egiptológico), y aquí seguir con figuras *fundamentales, secundarias*, letras animadas, etc. etc.—Sistema de posesión y de exploración de la *clave*.

1.º Posesión.—Mirarlo reiterada y ordenadamente, hasta poder con seguridad enumerar en calidad y orden su contenido (en tanto que lámina) á tercera persona que confronte el resultado.—Hecha y reiterada á solas una ó dos veces felizmente esta prueba, mis aleluyas son ya del dominio de la memoria, en tanto que *serie de muñecos*: para más, ni han de servir, y aun estorbara que sirvieran.—Desde este momento, el borrador á la bata y el limpio al bolsillo del pantalón de vestir, y siempre que se consulte el ejemplar en limpio, volverlo inmediatamente al bolsillo de dicho pantalón.—Valor práctico de estas pequeñeces.—Posibilidad psicológica de un perorador que seguro de hallar recurso en su bolsillo, caso de claudicación de memoria, acabaría felizmente su discurso sin echar mano del ejemplar de su *Clave*, pierda serenidad y recuerdo, por el solo hecho de notar que se dejó olvidado en casa su segura guía.—En Barcelona, solía yo colocarlos sobre la mesa.—En Madrid, casi siempre me lo he quedado en el bolsillo.—No es esto efecto de aumento de memoria sino de picardía en mi propio arte de transportar la total lámina á mi *memoria imaginativa*.—2.º Sistema de explotación.—Á ratos perdidos (en casa, *ante ó post prandium*, en coche, etc.), provocar estudio del fondo por contemplación ordenada ó saltada de las figuras de la cartulina, imaginándose en función perorativa.—Con este motivo se provocan ensayos mentales de forma interna ó discursiva de la peroración y hasta se provocan destellos, á veces de gran valor en luz, color, calor y verdad retórica, relativos á la forma externa, literaria ó *improvisanda*.—Ningún esfuerzo para recordarlo: lo bueno en estas cosas dejó un rastro más hondo que el del recuerdo: la identificación de toda idea con su autor.—Estos ejercicios son en mi sentir la única preparación legítima para la improvisación.—Hace más de treinta

años que ya no uso otros, por lo virgen que dejan mi espontaneidad en el acto de perorar.—Frecuente conveniencia de modificar *in actu*, substracción, adición y hasta permutación del encasillado de la *clave ideográfico-simbólica*.—Los motivos de tales modificaciones, siempre los sugiere tácitamente el auditorio.

Parte primitiva.—La única posible es la invertida por medio de curiosos ejemplares presentando la reducción de textos diversos de nuestros clásicos á otras tantas claves ideográfico-simbólicas, pudiendo cada una servir para infinitas variantes oratorias de su determinado asunto.

Sección VII

HIGIENE ESPECIAL ORATORIA

(Donde se suponen ya conocidas las precauciones higiénicas comunes)

CAPÍTULO I.—Higiene del estro-improvisatorio: 1.º Causas físicas que lo deprimen.—Fatiga muscular (general ó parcial importantes). Extenuación genética y cualesquiera otro estado de orgasmo, producido por abuso de excitación (como bebidas alcohólicas, etc., etc.).—2.º Causas psíquicas.—Arrebatos de cólera y otras fuertes emociones pasionales.—Ni simple malestar corporal accidental ó crónico, ni el influjo de habitual ó accidental tristeza, obstan á un feliz éxito oratorio.—Lo que por todo ello se pierde en brillo, se gana en profunda y transparente sobriedad.—Examen de lo que llamaré *Triameron fisiológico*, como ciclo común de los efectos debidos á todas las antes referidas causas.—Interés de este conocimiento para el buen gobierno personal del orador.—Efectos crecientes de primero á tercero día.—Resolución á la entrada del cuarto.—Regla higiénica deducida.—Reservas en cuanto á la aptitud de inmunidad dentro del primer día de acción de la causa deprimente.—(Ejemplos suministrados por la práctica).—Su frecuencia en actores dramáticos y líricos.—Violencia de la contra-reacción.—Resultados oratorios de las precitadas causas: remisión del interés del fondo; reducción del giro de vocablos; frialdad de estilo; vulgaridad del régimen y profusión de adverbios en *mente*. (Lo último es signo fatal de remisión accidental ó definitiva de facultades oratorias).—Preservativos: van implicados en lo expuesto.—Excitantes.—Como remedio inmediato, no dañino y además seguro, no lo hay, como no sea la oportuna influencia de algún estímulo del alma, como por ejemplo, la nueva de una grande expectativa del público, una inopinada satisfacción de familia, etc.—Efectos primarios adversos, secundarios favorables.—Valor de los estímulos

recibidos *in actu*.—La vanagloria, hasta en el cadalso obra como tónico difusivo infalible.—Adopción de excitantes en estado normal.—Aunque hay muchos, ninguno aconsejo.—Café, te, ron, champagne, mariscos, etc., etc., son en favor del estro empréstitos innecesarios á persona sana y de arreglada conducta, y en favor de la voz hasta contraproducentes.—Claro que el que por veneno vive, al veneno ha de acudir para sus manifestaciones extraordinarias de vida.—Además, en personas nerviosas (temperamento cerebral), y, por tanto, entre muchísimos hombres de letras, tales excitantes pueden ocasionar un penoso, y á las veces grave compromiso, debido á un exceso de trabajo renal.—Todos los excitantes difusivos, y, por tanto, favorables al estro oratorio, son fuertemente diuréticos.—Como el mejor alimento el pan, y la mejor salsa el hambre, así en oratoria el más adecuado y seguro excitante, un auditorio ávido de escucharnos.—Ventaja: el café y demás primero excitan y después deprimen: mientras que el público al revés, primero deprime y luego excita.—Yo jamás otro.

CAPÍTULO II.—Higiene vocal.—Para energía, timbre y entonación, compréndase la voz en lo dicho en el capítulo I.—Ejemplos en los cuerpos de coros.—¿Calan ó desafinan? Pues, ó falta de pago ó sobra de francachela.—Causas especiales físicas: enfriamiento del cuero cabelludo (mecanismo de su acción); hábito ó exceso eventual alcohólico y de todo excitante análogo.—Exceso reciente ó inmediato en el fumar, etc., etc.—Causas psíquicas: escasa influencia (salvo el orgasmo por sobrecogimiento).

CAPÍTULO III.—Cuidados más convenientes en la proximidad de un acto de compromiso.—Durante el triduo próximo (véase capítulo I). Durante el día mismo, poco fumar, mucho callar, resguardar cabeza de enfriamientos externos y ardimientos internos; y caso de empañe accidental de la voz, gargarismo salado ó mascar un poco de pimienta negra (rajita de salchichón), deglutiendo sólo la saliva impregnada, gargarizar y engullir un sorbo de café muy fuerte y bien colado, y también, caso de coriza (sequedad de nariz por enfriamiento), tomar, si no se tiene habituado, un polvo de rapé.—Arte de tomarlo los novatos, para que no les opere un efecto contrario.—Fenómenos psicofísicos de última hora (abdominales) en personas muy susceptibles (para discursos de empeño lo son hasta los príncipes de la oratoria).—Cita de Moreno Nieto.

¡EPILOGO!

JUICIO POSTREMO DE RICARDO WAGNER

El egregio Maestro falleció: sólo rindiendo á sus manes un tributo de justicia, podré dar á mi dolor una expansión digna del sumo aprecio que le merecí en vida.

Cierto que la Música está de luto; mas también lo es que lo está asimismo cuanto de culto y liberal encierra el espíritu humano. Á los funerales de Ricardo Wagner debe, pues, concurrir la sociedad entera; en ellos la Música presidirá el duelo á título de hija predilecta del finado, no de hija única.

Ricardo Wagner ha sido el alma de más aliento, de más trascendental mirada y más civilizadora acción que ha resplandecido durante el tercio medio del presente siglo. Como reformador se expresó en músico, porque tal era su lenguaje técnico, de la propia suerte que, como escritor, se expresó en alemán, porque tal era su lenguaje patrio; mas hay que distinguir cuidadosamente en todo hecho de expresión el fondo y la forma de lo expresado, y en el caso actual, procediendo de esta suerte, es como se logra ver de una manera clarísima toda la universalidad de miras que Ricardo Wagner ha perseguido *por medio* de una revolución musical.—Los músicos son los primeros interesados en apurar esta distinción, puesto que si bien lo meditan, cuanto mayor y más trascendental resulte la concepción del gran Maestro, más honrados quedan ellos con ser sus colegas, y más, mucho más divinizado su Arte en la Historia.

I

Wagner como genio

Considerado como genio, resulta Ricardo Wagner un ser realmente incomparable.—Ponedlo en cotejo con Beethoven, con Berlioz, con el mismo Gluck, y hallaréis que su personalidad se resiste lo mismo á la suma que á la resta, precisamente porque se trata de comparar valores heterogéneos. En efecto, ninguno de los grandes músicos, precursores de la reforma, extendió su acción más allá de la esfera de su Arte; sólo Wagner ha dominado las artes todas en su íntegra y compleja unidad teórica y práctica. Lo propio acontecerá si pretendéis parangonar á Wagner con Hegel, v. gr., ó con Heriberto Spencer, porque éstos representan el pensamiento puro, indiscutible, mien-

tras que aquél encarnó su pensamiento en su acción, é imprimió á su acción un éxito imperativo.

Para comprender la singularidad de Ricardo Wagner en toda su grandeza, basta anunciar su trascendental intento en estos breves términos: LA ELEVACIÓN DEL DRAMA LÍRICO Á LA CATEGORÍA DE ARQUETIPO DE TODO ESPECTÁCULO Y NORMA ABSOLUTA DE CULTURA DE TODO PÚBLICO ESPECTADOR.

Ahora bien: ¿qué hay de esencialmente musical en esta concepción de Wagner?—Nada.—Entonces, ¿qué papel representa la Música en esta concepción?—Permitiréme, aunque profano, formular mi respuesta en términos propios del Arte —Para Wagner la Música fué *la nota sensible*, á favor de la cual determinó que el teatro era *la tónica* de su empresa; y una vez posesionado de esta *tónica*, ajustó á ella *la quinta superior, dominante* de sus aspiraciones civilizadoras, sosteniéndola como *pedal* en un *crescendo sino al fine*. ¡Ah, cuán exacta resulta la semejanza! ¡Cuán parecida á la mágica consonancia de quinta justa fué, durante la vida de Wagner, aquella feliz armonía, aquella íntima fusión de su reforma teatral y su aspiración civilizadora! Precisamente por esto su personalidad se nos aparece siempre como *una concordancia tan exacta cuanto indefinible* entre el artista y el filósofo, concordancia tan exacta é indefinible como la que funde en un solo acorde aquellas dos notas, cuya relación antes he citado, como prototipo y norma de todas las armonías.

Llegar, pues, á la suprema educación social por medio de la perfección del espectáculo teatral, he aquí la singularísima y grandiosa concepción de Ricardo Wagner; esta fué su intención, esta su empresa, esta su gloria confirmada definitivamente en *Parsifal*, esta, en fin, la esencia de su influjo sobre las generaciones venideras.

II

Wagner como talento

Las facultades, por decirlo así, vegetativas, ó que proporcionan nutrición y desarrollo á las grandes ideas, eran en Ricardo Wagner dignas, muy dignas de su genio creador. Comprendiendo que sin unidad de concierto había de resultar imposible la realización de su ideal, asumióse él solo todos los poderes, todas las competencias que intervienen en ese intrincado microcosmos, ó mundo en miniatura, llamado TEATRO.—Poeta, músico, escenógrafo, escenoarca, indumentarista, filósofo, historiógrafo, mitólogo, todo lo era, y todo con crite-

rio peculiar y seguro, todo con solidez pasmosa. Bajo este concepto, la Música en Ricardo Wagner fué uno de tantos aspectos, el más brillante si se quiere, mas no la total esencia de su mérito y de su poder efectivo. Si el maestro Bellini, y el poeta Romani y el pintor Philastre hubiesen asistido al *Parsifal*, á buen seguro que los tres se hubieran sentido respectivamente atacados en sus tendencias y en su estilo por el gran reformador. ¿Por qué, pues, se empeña el mundo rutinario en reducir la grandiosa y múltiple significación de Ricardo Wagner á la esfera musical?—Sencillamente, porque la rutina es ciega, y como ciega no conoce del gran reformador más que la música.

III

Wagner como carácter

Para hacer algo de provecho en la vida, no bastan ni el genio, ni el talento, sino que es menester contar, además, con un depósito inagotable de energía, único elemento capaz de hacer efectivo el valor de los otros dos.

Este elemento, esta fuerza de carácter era tan grande en Ricardo Wagner, que, á pesar de no haber dado en su vida un solo paso en busca de una simpatía, y sí muchos y muy graves que le atrajeron antipatías, él logró contemplar realizadas las tres cosas que integran un éxito decisivo y completo, á saber: 1.º El aplauso á sus propias obras. 2.º La gloria creciente de sus discípulos. Y 3.º Inconsciente asimilación de émulos, detractores y enemigos.—Si alguien me preguntare qué cantidad de energía representa la personalidad de Wagner, no vacilaría, como médico, en contestarle: «Toda la que se necesita retener para vivir tantos años en la agitación en que ha vivido, más toda la que supone derrochada la forma repentina con que la muerte le ha sorprendido.»

Insisto, pues, en mi juicio postremo definitivo: Ricardo Wagner es la figura más completa grandiosa y trascendente que para la verdadera cultura de los pueblos ha producido el siglo XIX en sus tiempos medios; y si bien no serán muchos los que en el porvenir le representen dignamente, en cambio con muy pocos logrará la Humanidad ver realizadas en beneficio suyo las aspiraciones del gran maestro del supremo buen gusto, aparte de que, si la experiencia vale algo como

fundamento racional de un certero pronóstico, puede asegurarse que los Wagner se multiplicarán al compás que la sociedad se vaya sintiendo más apta para comprender y más necesitada de realizar aquellas aspiraciones.

Por de pronto, lo que se puede afirmar, calientes aún los restos mortales del reformador, es que ya de hoy más, entre músicos, ser wagnerista valdrá como sinónimo de ilustrado en las cosas profanas, y entre profanos ser ilustrado valdrá como sinónimo de wagnerista en materia de música.

Sobre la tumba, pues, donde el cuerpo de aquel insigne genio goza el descanso eterno, único adecuado á las titánicas fatigas de su vida, escribamos, con todo el laconismo de un dolor realmente varonil, este breve epitafio: «¡Gloria á Ricardo Wagner!»

Madrid 27 de Febrero de 1883.

UNA CLAUSULA NEGATIVA

DEL

TESTAMENTO DE WAGNER

Mittelmünige Buchstaben, aber sehr Deutlich- und Schlank.

En cuanto á un movimiento vigoroso en Alemania, no creo en él.

Geringete Buchstalean.

Rich. Wagner: Carta á M. Monot. (*Rev. polit. et litter.*, 17 de Febrero de 1883.)

Corresponder dignamente al honor que el egregio Comité de Munich me dispensa, ofreciéndome una página de la presente publicación, es para mí, además de un problema de capacidad personal, un problema de circunstancias, toda vez que no puedo ocuparme ni en el pensamiento del gran Maestro, ni en la personalidad de éste, ni en las melodramáticas fiestas de Bayreuth; es decir, en ninguno de los tres temas capitales del wagnerismo. De lo primero tengo ya consignado mi juicio en el prólogo á la obra «Ricardo Wagner» de mi malogrado discípulo Joaquín Marsillach, y el mismo extraordinario é incondicional aplauso con que Wagner honró públicamente mi producción,

junto con el hecho de haber sido traducida ésta al alemán y al italiano, hacen innecesario que hoy insista en aquel tema. De la personalidad del inmortal reformador tengo ya editado en el número de 1.º de Mayo de 1883 de la excelente Revista quincenal catalana *Hojas musicales y literarias*, y con el título «Juicio postremo» de «Ricardo Wagner», todo cuanto pienso de su genio, de su talento, de su carácter. Y finalmente, de las grandes representaciones del *Parsifal*, nada por desgracia mía puedo decir; pues el estado de mi salud, que por espacio de dos años y medio me ha impedido emprender el menor viaje, me puso en el caso extremo de ceder á mis compañeros de suscripción la butaca mía del teatro de Bayreuth, para que en ella acomodaran sus sombreros...!

Constreñido, pues, por tan fuertes limitaciones, no me queda más recurso que salvarlas de un salto, para acometer un tema que, siendo distinto de los tres temas clásicos mencionados, no ceda ni en importancia ni en trascendencia á ninguno de los tres. Tal me parece el que surge del epigrafe puesto al frente de este artículo, y que con toda deliberación he calificado de «CLÁUSULA NEGATIVA DEL TESTAMENTO DE WAGNER.» Interpretar los motivos internos que guiaron la intencionada pluma del Maestro al escribir tan perentoria y grave declaración; vaciar el énfasis de la tremenda frase: «EN CUANTO Á UN MOVIMIENTO VIGOROSO DE ALEMANIA, NO CREO EN ÉL»; he aquí, buen lector, lo que en el presente artículo me propongo; suplicándote de antemano, si fueres alemán, que como te dignes comenzar su lectura, al leerlo, prosigas hasta el fin; pues sólo de esta suerte te convencerás por tí mismo de que á la absoluta independencia de mis juicios, respecto de Alemania, acompaña cordial simpatía y la profunda admiración que sus hombres y sus gestas se merecen.

Mas á la hora de meditar sobre las causas del desaliento interno de un alemán tan grande como Ricardo Wagner, respecto de lo que su patria estaba dispuesta á luchar en su favor, sería ciertamente en mí una punible flaqueza en aras de la susceptibilidad de los alemanes vivientes; la menor adulteración de lo que entiendo que constituía el verdadero íntimo pensamiento de aquel otro insigne alemán, cuyo cuerpo fatigado de luchar, yace en descanso eterno bajo una losa cubierta de nubosa arboleda en los hoy tristes jardines de la quinta Wahnfried. Voy, pues, á intentar la interpretación de la conciencia de Ricardo Wagner, y á justipreciar el valor de los motivos que le dictaron la transcrita frase.

I

El primer motivo que debió ofrecerse á la mente del gran Maestro hubo de ser la actual manifiesta influencia del espíritu francés en el espíritu alemán. Nadie se asombre ni de mi proposición ni del hecho. Ya en los gimnasios griegos se había podido observar que cuando dos jóvenes, unguado su desnudo cuerpo con aceite, se entregaban á la *lucha*, lo mismo se comunicaba al cuerpo vencido el unto del vencedor, que se pringaba el cuerpo del vencedor con el unto del vencido. Precisamente en esta reciproca influencia hallamos, como consoladora compensación, el secreto del influjo civilizador de las guerras á través de la Historia. De suerte que sin vacilación alguna pudiéramos decir: «Otro Sedán, y el afrancesamiento moral de Alemania será completo.» No se me oculta que para legitimar un juicio tan grave dispongo de espacio muy breve; mas creo que á pesar de esto he de llevar el convencimiento al ánimo de todo alemán sincero. En un libro titulado *Grundriss der Geschichte der Medicin...*, pág. 461, lins. 6-10, ed. 1.^a, su autor (cuyo nombre no consigno por motivos de compañerismo profesional), lamentando el humillante afrancesamiento en que había caído la Alemania del siglo XVIII, aquella Alemania tan alemana de los siglos XVI y XVII, y en un arranque de suprema indignación dice (1): *Man öffte den Franzosen nach, die in grosser Zahl dazu noch unser Vaterland heimsuchten als blutsaugende Schmarotzer, besonders die zahlreichen Höfe und Höfchen der Fürsten. Man parlirte französisch und selbst Friedrich II—ein Fehler, den die Geschichte immer schärfer betonen wird—schrieb sogar französisch.*

Es decir, que á un alemán de hoy, á un alemán coetáneo de Moltke y de Bismarck, y en tal irritación de ánimo que no encuentra en el Olimpo germánico un rayo bastante exterminador para anatematizar el afrancesamiento de su patria durante el pasado siglo, á ese alemán se le escapa indebidamente, teniendo á su disposición los verbos castizos *reden* y *prechen*, el pretérito *parlirte*, del galicismo *parliren* (*parler*), que no existe en los Diccionarios de la lengua de Httler, ni aun á título de galicismo consagrado por el uso.

(1) Se remedaba á los franceses, que en gran número visitaban nuestra patria como parásitos chupadores de nuestra sangre, pululando particularmente en las numerosas cortes y *cortecillas* de los Príncipes. Se hablaba francés, y el mismo Federico II—falta que la Historia le echará siempre en rostro—escribía frecuentemente en francés.